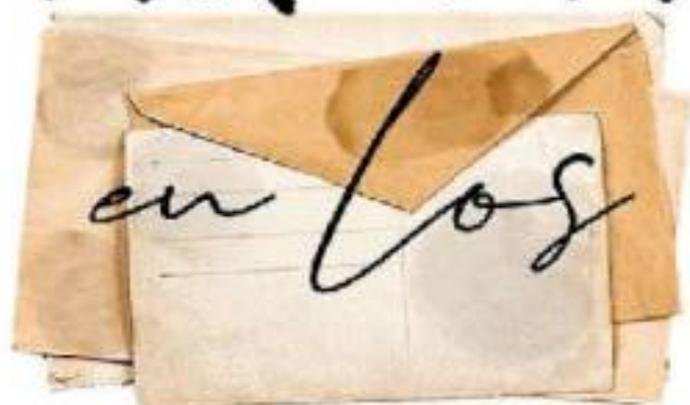
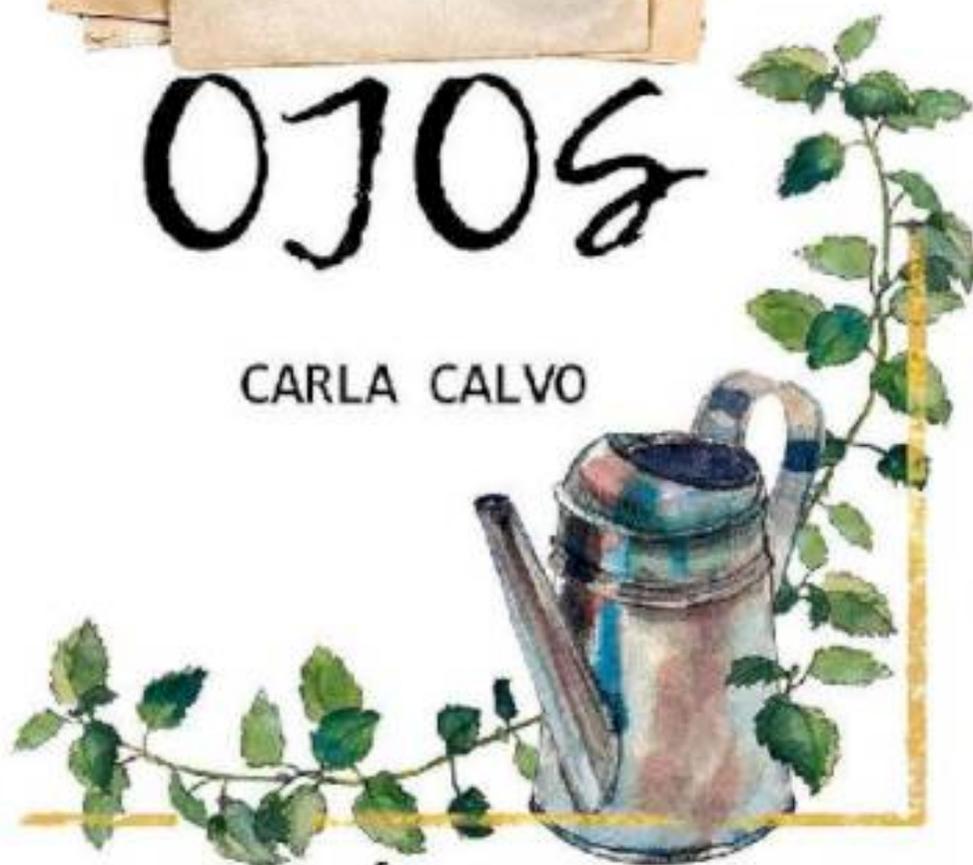


ARENA



OJOS

CARLA CALVO



Selecta

Arena en los ojos

Carla Calvo Barbero

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A todas las chicas que siguen buscándose a sí mismas.

Porque yo quise olvidar
y puse un muro de piedra
entre tu casa y la mía.
Es verdad. ¿No lo recuerdas?
Y cuando te vi de lejos
me eché en los ojos arena.
Pero montaba a caballo
y el caballo iba a tu puerta.
(Federico García Lorca)

1

El verano había llegado de golpe a la ciudad.

No se trataba de un calor normal, sino de un bochorno horrible y pegajoso que había llegado sin avisar. Un día hacía frío, llovía y todo era gris y al siguiente el sol calentaba tanto que parecía capaz de derretir el asfalto. Era una temperatura desagradable para cualquier actividad, pero lo era aún más para mudarse. Que era lo que Sam estaba haciendo en ese preciso momento.

Había subido primero la maleta pequeña, que en realidad solo podía considerarse así si se comparaba con la que llevaba en ese momento, no porque realmente lo fuera, y su bolsa de mano durante los tres tramos de escaleras que le llevaban hasta el tercer piso. Solo con ese esfuerzo ya notaba el corazón a punto de salirse por su boca y había sudado más que en dos horas de gimnasio. No le había quedado más opción que subir andando, ya que nunca había llegado a instalarse el ascensor. Cargaba toda su vida en aquellas maletas y quizá por eso pesaban tanto: no se trataba de la ropa, sino más bien de todas las decisiones que la habían llevado a aquel momento. Subiendo una maleta de treinta kilos durante tres tramos de escaleras hasta un tercer piso sin ascensor, en un edificio viejo y recalentado por el sol donde no había corriente y la temperatura superaba los treinta grados, Sam se dio cuenta de que quizá era necesario que empezara a soltar lastre y dejase de cargar

con su vida, así como con todo su pasado, a cuestas.

Sin embargo, cuando llegó a la puerta de la casa de su infancia, donde tenía apiladas el resto de sus pertenencias, y apenas era capaz de respirar, se abrió la puerta de al lado y la única parte del pasado de la que llevaba años intentando prescindir salió al rellano. Sam se giró al escuchar la puerta abrirse y se encontró con una mujer de estatura media, esbelta como una espiga, que iba vestida con un conjunto deportivo y tenía el pelo rubio pálido recogido en un moño bajo. Aunque la hubiera visto en cualquier lugar del mundo, no saliendo de la que siempre había sido su casa, la habría reconocido. Porque el tiempo había pasado, pero al parecer solamente por ella, quizá por eso parecía pesarle tanto en los huesos, porque Lily estaba exactamente como la recordaba. De hecho, así vestida, podía ver perfectamente a la adolescente que había dejado atrás cuando se había marchado. Podía ver a ambas en el instituto, peleando en los vestuarios tras haber sido expulsadas de la clase de educación física, ambas sudorosas y demasiado temperamentales para su propio bien. Podía sentir de nuevo todas las sensaciones de aquel momento en su piel, que se le puso de gallina, y el tiempo dejó de correr cuando se miraron a los ojos y Lily la reconoció. Lo supo porque sus ojos verdes, redondos como botones, se agrandaron hasta consumir lo que parecía ser la mitad de su cara y su boca se quedó entreabierta como si hubiera estado a punto de decir algo y se le hubiera olvidado.

Se quedaron así durante unos breves segundos: Sam con la respiración desbocada y sudando a mares y Lily con la boca entreabierta y con la apariencia de poder subir y bajar hasta la azotea varias veces sin inmutarse.

Entonces Lily sacudió ligeramente la cabeza, como si ella

también se hubiera quedado atascada en algún momento pasado, en otra época y en otro lugar que no eran aquel rellano con aquel calor insoportable en ese presente en que ambas se reconocían, pero hacía tiempo que ya no se conocían. Lily se preguntó quién era esa mujer tan bien vestida, cuya respiración irregular era lo único que delataba alguna grieta en su superficie de entereza y compostura, y dónde había dejado a la muchacha que se fue de allí años atrás. Si no fuera porque sus ojos eran los mismos que la habían mirado entonces, cuando le había dicho adiós y no había vuelto a mirar atrás, no estaba segura de si la habría reconocido. Pero entonces la había mirado y había recordado el momento en el que había pensado que ojalá la volviera a mirar así. Y allí estaban, tantos años después, una a cada lado del rellano, con una maleta enorme y un montón de fantasmas, de kilómetros y de tiempo separándolas como si de un muro de contención se tratara. Lily no estaba segura de si aquel muro las contenía o más bien las sostenía.

Apartó la mirada de Sam para mirar las maletas y después volver a mirarla.

---Imagino que sabes que tus padres no están en casa --- se vio forzada a comentar, más que nada por decir algo, cualquier cosa, que rompiera aquel silencio cada vez más incómodo.

---Sí ---contestó Sam, con la voz más áspera de lo que le hubiera gustado. Se aclaró la garganta. Hubiera pagado (mucho) dinero por un trago de agua del grifo---. Lo sé.

Se volvieron a quedar en silencio. Mirándose. Aquello empezaba a rozar lo absurdo.

---Pensaba que iban a alquilar el apartamento a unos turistas mientras estuvieran fuera ---continuó Lily. De hecho, es-

taba segura, ya que la madre de Sam le había dicho que estuviera pendiente por si llegaba el nuevo inquilino para darle las llaves. Cosa que, pensándolo bien, tampoco le sorprendía. Era típico de Susana hacer algo así a propósito para que se vieran obligadas a encontrarse y no pudieran evitarse.

---Algo así. ---Sam se encogió de hombros, poco dispuesta a explicarle a aquella mujer que había cogido sus pertenencias más preciadas y había huido de la vida que tanto sudor y esfuerzo le había costado labrar---. Imagino que la vecina que tiene que darme las llaves eres tú, ¿no?

Casi se rio cuando se dio cuenta de la jugarreta de su madre, aunque no hubiera sido una risa amable. Ahora entendía por qué se había negado a enviarle las llaves por correo urgente, a pesar de que hubieran llegado con tiempo más que de sobra. Durante los diez años que había estado fuera sabía que su madre solo le había reprochado una cosa: que hubiera roto todos los hilos que en algún momento la unieron a Lily. No le había importado que se hubiera marchado, que ni siquiera fuera a visitarlos y tuvieran que ser ellos los que desplazaran, que cada vez les llamase menos. Nada. Sabía que estaba persiguiendo su sueño, luchando por alcanzar las metas cada vez más exigentes que ella misma se había marcado. Su madre sabía que todo aquel trabajo tendría una recompensa, pero también quería que pensara cuál iba a ser esa recompensa. Y si todos los sacrificios que había hecho para conseguirla habían merecido la pena. Sam aún no tenía claras esas respuestas.

Por eso mismo había huido de su vida actual, considerando que necesitaba alejarse un tiempo de lo que durante años la había absorbido, para poder verlo con claridad. Al parecer, su madre había aprovechado esa oportunidad para

que también viera lo que había dejado atrás.

---Sí, las tengo yo. Un momento ---contestó Lily, dejando en el suelo la bolsa de deporte que ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba colgada hasta ese momento, y entró de nuevo al piso.

Salió a los pocos segundos con un juego de llaves y se acercó hasta donde estaba Sam para entregárselas. La otra mujer las cogió con cierto reparo. Aquel gesto parecía más definitivo que todo lo que había hecho desde que había decidido marcharse. Aquellas llaves parecían alejarla más de su vida anterior que las más de diez horas de avión que la habían llevado hasta allí.

---La llave grande es la del portón de abajo y la pequeña la de la puerta ---explicó Lily cuando ella cogió las llaves y, dando un paso atrás, añadió---. Como siempre

Y tras aquellas palabras esbozó una pequeña sonrisa que no tenía nada que ver con la forma en que sonreía años atrás, enseñando todos los dientes. Pero aun así parecía darle la bienvenida, lo cual tenía que ser un buen presagio. Sam se preguntó si seguiría teniendo aquella sonrisa de niña de niña o si aquello también había cambiado.

Entonces Lily miró el reloj inteligente que tenía en la muñeca y chasqueó la lengua. Recogió la bolsa que había dejado en el suelo, cerró la puerta y volvió a mirarla.

---Me tengo que ir. Si tienes cualquier duda Carol está en casa estudiando, solo tienes que llamar al timbre. Yo volveré por la noche, si necesitas ayuda para instalarte o lo que sea dínoslo.

Lo dijo todo tan rápido, mientras empezaba a bajar las escaleras, que antes de que Sam pudiera procesar la información o mucho menos pensar en una respuesta ella ya había dicho «¡Hasta luego!» y había desaparecido. Suspirando, la

mujer se acercó a abrir la puerta de la casa, pensando en que lo primero que haría una vez que metiera las maletas iba a ser darse una ducha. Y deshacerse de toda la ropa de invierno que había traído y, al parecer, no iba a poder utilizar.

Lo que Sam no notó fue que, en realidad, Lily estaba huyendo. Que llegaba tarde, sí, pero que en realidad no le hubiera importado quedarse un rato más si los nervios no se hubieran apoderado de ella como un ejército conquistando territorio enemigo. Una retirada a tiempo es una victoria, dicen, pero en cierto modo ella lo sentía como una derrota. Quizá no había sido lo suficientemente rápida. Quizá tenía que haberse dado media vuelta y haberse atrincherado en casa en cuanto se dio cuenta de que Sam, y con ella todo su pasado compartido, estaba en el rellano.

Justo ante la puerta de su casa como, años atrás, había soñado una y otra vez hasta darse cuenta de que los sueños, por mucho que se repitan, raramente se convierten en una realidad. Y en aquel momento casi le había parecido una pesadilla que diez años después la viera y le siguieran sudando las manos y se le secase la boca como si fuera una adolescente nerviosa. Así que había bajado las escaleras y había salido del edificio todo lo rápido que había podido aun a sabiendas de que, por mucho que huyera de aquella situación, no iba a poder huir de los fantasmas que la acechaban. Porque había veces que por mucho que se intentara huir del pasado este no te deja marchar. Da igual los kilómetros que andes o los días que pasen, se pega a las suelas de tus zapatos como una segunda sombra que se extiende tras de ti y que no puedes obviar.

*

Sam dejó las maletas en el salón, incapaz de enfrentarse a

la tarea de ponerse a desempacar sin darse una ducha fría primero. Así que abrió una de las bolsas para sacar algo de ropa y se metió al baño. Estaba segura de que una vez que pudiera quitarse de encima todas las horas de viaje y el sudor acumulado, todo sería más fácil. Una vez duchada y con el pelo aún húmedo, decidió dar una vuelta por la casa en la que había pasado prácticamente la mitad de su vida y que llevaba años sin pisar. Cuando entró en el que había sido su cuarto se dio cuenta de que aquella habitación casi parecía un santuario. Su madre no había cambiado nada, ni siquiera una sola foto o un solo libro.

Tanto las estanterías como las paredes seguían estando llenas de recuerdos. Y los ojos de Lily, verdes y expresivos, la miraban desde casi todos los rincones. Habían compartido tantos momentos, importantes e insignificantes, que su presencia estaba hilada con todos los recuerdos que tenía de aquella vida que había dejado atrás. Las fotos de la graduación, las del viaje de fin de curso, más pequeñas aún, disfrazadas en la fiesta de carnaval del colegio, en el parque, en cualquier lugar, siempre estaba a su lado. Con aquellos ojos que parecían contener todo su pasado y, en cierto modo, que siempre habían parecido contener también el futuro. Hasta que había dado media vuelta y había renunciado a mirar el futuro que aquella mirada le prometía.

Estaba ahí sentada, dejándose arrastrar por el oleaje de sus recuerdos, cuando sonó el timbre. Se sobresaltó y prácticamente fue corriendo a abrir la puerta del piso, como si huyera de los fantasmas que le acechaban desde las paredes de aquella habitación, para encontrarse de frente a otro fantasma más. Una adolescente espigada y pelirroja que parecía sacada de una de las fotos de la habitación la

miraba desde el rellano. Al ver a Lily había pensado que no había cambiado con los años, pero ahora se sentía como si tuviera ante ella a la adolescente que había sido en carne y hueso. Si no fuera porque su pelo en vez de rubio blanquecino era más bien anaranjado y tenía pecas sobre el puente de la nariz, aquella muchacha hubiera podido ser una fotocopia de su hermana mayor cuando tenía su edad.

No le quedaba ninguna duda de que se trataba de Carol. Parecía imposible que la última vez que la había visto no era más que una niña con dos trenzas despeinadas y el uniforme escolar siempre sucio. Esa chica esbelta que la miraba con una leve sonrisa cargada de timidez era la prueba física de lo mucho que había cambiado todo desde que se fue, por mucho que su habitación siguiera igual.

---Dios mío, Carol, ¡cuánto has crecido! ---No se pudo contener y al tiempo que aquellas palabras salieron de su boca, se lanzó hacia delante para abrazarla. Carol pareció ligeramente sorprendida, pero correspondió al abrazo.

Sam mantuvo el abrazo quizá un par de segundos más de lo estrictamente necesario, pero finalmente se separó, sonriendo, y le dio un leve apretón en el brazo antes de dejarla marchar.

---Mi hermana me ha pedido que venga a ver si está todo bien ---explicó la adolescente, con las mejillas ligeramente ruborizadas---. Quiere que te diga que si no te aclaras con las plantas de tu madre nosotras estamos acostumbradas y podemos regarlas. Y que si no tienes comida para hoy puedes venir a casa a cenar.

Lo dijo todo de carrerilla, casi como si se lo hubiera aprendido de memoria y Sam sonrió un poco más.

---Mi madre me ha dejado instrucciones detalladas sobre todas y cada una de las plantas. ---Puso los ojos en blanco.

Susana era una apasionada de la jardinería y había convertido la galería de la cocina en una suerte de invernadero---. Pero es probable que acabe necesitando vuestra ayuda. Nunca se me han dado bien las plantas y no me gustaría matarle ninguna.

Carol se rio un poco. Probablemente imaginando la reacción que podría tener su vecina si al regresar descubriera que le había pasado algo a sus queridas flores: incluso aunque la culpable fuera su hija pródiga fácilmente podría echarla de casa.

---A Lily le gustan las flores casi tanto como a tu madre, así que seguro que le da igual si te tiene que ayudar ---se encogió de hombros.

Sam quiso decir que no estaba tan segura de que a su hermana le importara tan poco el tener que ayudarle con nada o el tener que estar en casa con ella, pero solamente asintió.

---Lo tendré en cuenta. Y no os preocupéis por la cena, pediré algo a domicilio. Tampoco es que suela cocinar mucho de todas formas ---se rio ligeramente.

---Vale. Pues nada, si quieres algo ya sabes dónde estamos ---sonrió y, despidiéndose con la mano, se dio media vuelta para irse.

---Muchas gracias, Carol. ¡Y dale las gracias a tu hermana de mi parte! --- Añadió mientras observaba a la chica entrar al piso vecino y cerrar la puerta a sus espaldas.

*

Cuando Lily volvió a casa, como no podía ser de otra forma, se encontró con Sam de nuevo en aquel rellano que parecía contener todo lo que no podía nombrarse. El repartidor que estaba en la puerta se dio media vuelta para bajar las escaleras con prisa, por lo que Lily tuvo que hacerse a

un lado y apretarse contra la barandilla para que no le diera con el casco de la moto. El chaval murmuró una disculpa mientras bajaba corriendo y Lily se giró para encontrarse con Sam.

Otra vez.

La otra mujer tenía una bolsa con lo que parecía ser su cena entre las manos y la miraba con cierta preocupación. No le gustaba aquella mirada, le traía demasiados recuerdos.

---¿Estás bien? ---preguntó, frunciendo ligeramente el ceño.

La bombilla del rellano se apagó y, durante un momento, se quedó impresionada por la imagen de Sam enmarcada por el vano de la puerta, con la luz del interior de la casa alumbrándola a sus espaldas, con el pelo suelto y enredado, descalza y con comida entre sus manos. Parecía sacada directamente de un cuadro, como si fuera una foto de un momento indeterminado de un futuro que fácilmente hubiera podido imaginar. Uno en el que iba a casa y era ella quien le abría la puerta. Pero aquel futuro no encajaba de ninguna manera con ese presente, así que acabó de subir las escaleras y pulsó el interruptor del rellano, encendiendo la luz y acabando así con cualquier absurda fantasía que pudiera acabar rompiéndole el corazón.

Otra vez.

---Sí, sí, solo me ha sobresaltado ---respondió Lily, unos segundos demasiado tarde, con la voz un poco demasiado ronca. Si alguien le hubiera preguntado unas horas antes si le importaría volver a ver a Sam, hubiera asegurado que le daba igual. Que habían pasado muchos años y demasiadas cosas como para que le siguiera importando. Y al parecer, hubiera mentido---. ¿Te dijo Carol lo de las plantas?

Sam asintió con la cabeza.